

los hastíos, de todas las penas y de casi todas las tentaciones es la sumisión perfecta, la caridad fraternal y el respeto á la autoridad.

*
*
*

Creo que una religiosa está llamada á una mayor *santidad* que el simple fiel, y que el pecado cometido por ella ofende mucho más á Dios que el mismo pecado cometido por otra alma cualquiera.

*
*
*

Creo que la fidelidad en los más ligeros puntos de vida religiosa es una fuente de grande santidad, y que el alma que vela cuidadosa para no cometer ninguna falta adquiere siempre una suma casi infinita de merecimientos.

*
*
*

Creo que una religiosa fiel será eternamente más ensalzada de gloria y ventura en el cielo que los demás elegidos; pero que una *religiosa réproba* será, también eternamente, más desdichada que los demás condenados.



APÉNDICE

I

CONSIDERACIONES SOBRE EL ESTADO SEGLAR Y ACERCA DEL ESTADO RELIGIOSO PARA AYUDAR Á UN ALMA EN LA ELECCIÓN QUE SE PROPONE REALIZAR.

(Extracto de la obra de Mons. Luquet *La vocación.*)

De rodillas ante el Santísimo Sacramento es como deben ser leídas estas páginas y preguntarse, siguiendo los consejos de san Ignacio:

1.^o Si una persona á la cual no hubiera visto jamás, pero en cuya perfección me sintiera interesado, se encuentra en mi situación y me pidiera consejo, ¿qué le diría yo para mayor gloria de Dios y la mayor perfección de su alma?

2.^o En el momento de la muerte, ¿de qué modo querría yo haberme conducido respecto á este particular?

3.º ¿Qué elección desearé yo que hubiera sido la mía cuando comparezca ante el tribunal de Dios?

I

Razones en favor del estado seglar.

1. Puede uno conseguir su salvación en el mundo, y varios han vivido santamente en él. En la Ley antigua no se conocía más que el estado conyugal; y en ese estado, ¡cuántos patriarcas y profetas llegaron á una elevada santidad!

2. Dios no exige en una persona seglar la perfección religiosa; están obligados, por el contrario, los que viven en religión á practicar más santa vida en razón á la sublimidad de su estado.

3. Hállanse en el mundo poderosos medios de salvación: la confesión, la comunión, las lecturas piadosas, la misma facilidad que en el claustro de entregarse á la meditación ó al rezo, de oír la palabra de Dios..... Como todo eso es hacedero, si se sabe y quiere hacerse bien se irá derechamente al cielo.

4. Hay en el mundo ocasiones de practicar el bien que no se presentan en el estado religioso; por ejemplo: dar limosnas, visitar á los pobres, edificar á los feligreses. La educación de los hijos, que ha hecho dignificar el matrimonio, elevándolo á Sacramento, es de grandísimo mérito á los ojos de Dios. Una madre de familia que da en su casa ejemplo de la virtud,

inspira á todos una santa emulación, que impele á imitar el bien cuya práctica se observa, y que también será recompensada con tesoros de gracia y de gloria. ¡Cuán hermoso es ver que en una familia reinan el orden, la regularidad, la perfección!

5. Cuantos abrazan el estado religioso no llevan una vida santa; la misma desventura puede sobrevenirme si voy á ese estado sin la precisa vocación, porque no se despoja uno del cuerpo al entrar en estado de religión, y por lo mismo el demonio no pierde el poder de tentarnos.

6. Es difícil depender constantemente de la voluntad ajena, principalmente si se tiene la desgracia de tener por superiores á personas muy exigentes.

7. El peso de la vida es menor cuando se lleva entre dos.

8. La esperanza de una colocación honrosa, las ganancias lícitas, las riquezas noblemente adquiridas, los honores, son bienes de que se puede gozar lícitamente en el mundo.

9. Examinad vuestras fuerzas, considerad atentamente vuestra inclinación, vuestras aptitudes, carácter, defectos y ascendiente que ejercen ó que sufren de vuestra parte..... ¿Seríais útil en el claustro?

Razones contra el estado seglar.

1. Hállanse en él numerosos peligros demasiado efectivos contra la salvación. Tantos malos ejemplos, tanta ocasión de pecar, tantos

medios de seducción son capaces de pervertir aun á los mismos que hayan formado la resolución de vivir cristianamente, conduciéndoles de un modo insensible á su perdición.

2. *¿De qué sirve al hombre ganar todo el universo si pierde su alma?* (1). Todo cuanto hay en la tierra es pasajero; el cielo y el infierno son eternos.

3. *¿Qué son las riquezas? ¿De qué servirán en la hora de la muerte?* Nada os llevaréis del mundo. No es con dinero como se compra el cielo.

4. *¿Qué son los placeres de los sentidos?* Efímeros (el hombre los comparte por un momento con la bestia) placeres de un instante y suplicios eternos; porque es muy difícil, por no decir imposible, gozar de las delicias de la tierra y las de los cielos.

5. *¿De qué servirán algún día la delicadeza ó la abundancia de manjares y bebidas?* El rico avariento tenía á diario una mesa espléndida, en tanto que el mísero Lázaro fué transportado al cielo. *¿Para qué nutrir con tanto cuidado un cuerpo que muy presto se convertirá en podredumbre, se tornará en cadáver infecto, alimento de gusanos?*

6. *¿Qué son los honores, aun los más brillantes? Humo que se disipa en un momento. Aunque hubiera de vivir cien años, ¿qué son esos cien años en comparación con la eternidad?*

(1) Matth., XVI, 26.

7. Las cruces y las adversidades del mundo son incontables; si lo consideráis atentamente, veréis que los seculares tienen que padecer más que los religiosos. Estos sufren por el cielo; aquéllos por la vanidad, y con frecuencia por el infierno.

8. *¿Qué ocurrirá si dais con una persona con la cual no podáis vivir de acuerdo?* Su presencia tornará en infierno vuestra casa; su muerte ó la vuestra podrá libertaros únicamente.

9. *¿Qué acontecerá si tenéis hijos desobedientes, viciosos, que sean la vergüenza de su madre? ¿Qué manantial de dolores, qué cuenta estrechísima tendréis que dar al soberano Señor si han resultado malos por culpa de la educación que les hayáis dado!*

10. El cuidado diario de la alimentación, del vestido, de las ocupaciones domésticas, son un manantial inagotable de inquietudes y fatigas. Esa atención no interrumpida puesta en las cosas de la tierra, ocupa de tal modo que apenas deja tiempo para pensar en Dios y en la salvación del alma.

11. *¡Cuánto trabajo para acumular riquezas, qué de temores, qué de cuidados para conservarlas! Y si Dios permitiese que vuestros esfuerzos sean inútiles, ¿cómo soportaríais la pobreza?* Fuerza es decirlo: la miseria ha causado muchas bajezas, y también muchos crímenes.

12. La muerte es un sacrificio cruel para las gentes mundanas; con pena se separan de sus allegados y abandonan las riquezas, á las que estaban apegadas.

13. Es difícil vivir entre llamas sin abrasarse, tocar la sangre sin mancharse, gozar de las riquezas sin sentir apego á ellas. «Y, sin embargo—dice san Pablo,—es preciso para el cristiano *usar de las cosas del mundo como si no se poseyeran* (1).» Y, en suma, que es posible adquirir riquezas por mal camino, sobre todo cuando la necesidad es apremiante.

14. Estas consideraciones no deben, no obstante, apartaros del estado seglar si á él os sentís inclinadas por Dios. *Podéis hacer todo aquello que sirva para fortaleceros* (2). Tal número de personas ha recibido la gracia de santificarse en ese estado, que no hay razón para que fueseis de ese número. Examinad vuestros ánimos, y considerando vuestras fuerzas y medios de resistencia al mal, seguid vuestra inclinación.

II

Razones contra el estado religioso.

1. Es cosa muy difícil llevar constantemente una vida perfecta, esto es, por completo opuesta á los sentidos y al amor natural que por nosotros mismos sentimos. En más de una ocasión se han hallado hombres que buscaban en la religión sus comodidades, la satisfacción de sus sentidos, y que de esa suerte ha perdido

(1) I Cor., VII, 31.

(2) Philipp., IV, 13.

para ellos toda especie de atractivos la *vida interior*.

2. La observancia de los tres votos es igualmente un asunto muy grave. Es durísimo renunciar para siempre á la propia voluntad. La castidad, para conservarse intacta, exige luchas; violarla es un sacrilegio.

La pobreza despoja al hombre de todo por toda su vida.

3. Renunciar para siempre á los bienes que se poseen y que pueden poseerse en lo sucesivo, á los regalos en la alimentación, la casa y los vestidos; renunciar á los amigos; á los parientes, á los placeres lícitos, á los honores, á las dignidades, á la posición, son cosas harto más difícil de decir ó de pensar que de poner en práctica.

4. Frugalidad constante en la alimentación, rigor en la penitencia, clausura, soledad, repetición cotidiana de unos mismos actos, mortificaciones semejantes; he aquí lo que debe pensar muy atentamente quien medite sobre el caso; lo que, dicho sea de nuevo, es más fácil de decir que de hacer.

5. Es temerario abrazar un estado tan difícil de conllevar sin una clara vocación; por acudir á él sin haber sido llamados han podido abandonarlo algunos religiosos, ó, por el contrario, han vivido en él con tal tibieza que mejor les hubiera sido no haberlo abrazado jamás. Puede suceder que se arrepienta uno de haber entrado en religión cuando ya no se puede salir.

6. Hay en ese estado obstáculos y peligros

que acaso no sois capaces de vencer si vuestra vocación no viene de Dios, y si no merecéis su gracia por la puntual observancia de la regla.

7. No quiere Dios que todos sean religiosos; por eso no concede á todo el mundo el talento ó las fuerzas necesarias para ese estado.

Razones en favor del estado religioso.

1. Por perfección y su excelencia, el estado de religión es superior á todos los demás, ya porque desvanece los obstáculos para la salvación, ya porque consagra á Dios el hombre del modo más perfecto y por completo.

2. A los religiosos les ha prometido Dios el cielo con esta afirmación: *En verdad, en verdad os digo, que quien dejare á su padre, á su madre, á sus hermanos y á sus hermanas por mí, recibirá el céntuplo y poseerá la vida eterna* (1). La entrada en religión es una prueba de predestinación.

3. En religión desaparecen los peligros para la salvación del alma, las ocasiones del pecado, las inclinaciones al mal que se ofrecen en el mundo. Los vicios de la carne se dominan con la castidad y por la mortificación; las ambiciones se sujetan con la obediencia, y el deseo de abundancia con la pobreza. De donde proceden la ausencia de malos ejemplos y la falta de ocasiones que induzcan á pecar.

(1) Matth., XIX, 28 y 29.

4. La religión ofrece también una abundancia de medios de salvación muy eficaces, y que fuerzan, por decirlo así, al hombre á ser virtuoso; tales como la regla, la vigilancia de los superiores, la frecuencia de Sacramentos, las exhortaciones públicas y privadas, los ejemplos de las *hermanas* que viven santamente, la lectura á diario de libros de piedad, la mortificación, las meditaciones acerca de las verdades eternas, las conversaciones religiosas, el apartamiento del mundo, el uso continuo de cosas pertenecientes á Dios, la corrección de los defectos.

5. Según santo Tomás y otros santos Padres, la entrada en el estado de religión produce la remisión completa de los pecados de la vida anterior.

6. La religiosa no tiene que ocuparse en nada referente á la alimentación, las ropas, la casa y otros parecidos asuntos. Libre de cuidados terrenos, puede con mucha mayor facilidad dedicarse de todo corazón al servicio y amor de Dios, descansar en los ejercicios espirituales y asegurar su salvación.

7. La religiosa dócil á la dirección de sus superiores vive segura de cumplir siempre la voluntad de Dios. No puede equivocarse jamás, haga lo que hiciere, siempre que obre conforme á la voluntad de los superiores, de quienes dijo Jesucristo: *Quien os oye, me oye* (1).

8. La vida de religión no es otra cosa que el continuo ejercicio de las virtudes: éstas tienen

(1) Luc., x, 16.

un mérito tanto mayor si son practicadas por obediencia ó por *voto*, como santo Tomás nos lo enseña.

9. La mutua participación en las buenas obras hechas por los religiosos de la misma Orden, esparcidos por todo el mundo, proporciona á cada cual tantos merecimientos como si fuese el autor real de las obras meritorias.

10. ¡Cuántos méritos, qué de tesoros de gloria acumula una religiosa que asiste á los moribundos, practica la catequesis, cuida á los enfermos, sirve de madre á los huérfanos..... que se inmola por la gloria del Señor!

11. La muerte es menos penosa, y aun más dulce para la religiosa, ya porque há largo tiempo se ha despedido de las cosas de la tierra, ya porque experimenta una viva alegría recordando toda su existencia consagrada al servicio del Señor; por eso la idea del juicio divino, tan formidable para las gentes mundanas, lleva á su alma más completa confianza.

12. Después de morir una religiosa, sus compañeras ofrecen por ella numerosas comuniones y hacen decir una porción considerable de misas.

13. La religión, aunque no ofreciera todas esas ventajas, tendría bastantes por sí misma; pues si en ese estado el Señor es más amado, si la perfecta imitación de Jesucristo permite servirle con mayor fidelidad, ¿no será esto una razón poderosa para determinar á un cristiano á abrazar un estado tan santo?

14. Considerad las ventajas particulares del

estado religioso, advertidas por san Bernardo, que hemos expuesto en la pág. 275.

En la religión, dice, vive el alma con mayor pureza de conciencia, porque se guarda la castidad, la obediencia y la pobreza; cae más difícilmente, porque no halla malas ocasiones, las conversaciones peligrosas, los peligros del mundo. Se levanta más pronto, porque tiene sin cesar fija la vista en las enseñanzas de la Escritura, los ejemplos de los santos y el fervor de las demás. Camina con mayor precaución por la enseñanza de los pecados pasados, de las imperfecciones del presente y de la recompensa que la aguarda. Descansa más seguramente porque disfruta de las dulzuras de la virtud, de los dones del Espíritu Santo y de los consuelos interiores. Recibe con mayor frecuencia el rocío celestial por el crecimiento incesante de sus buenas condiciones y de la gracia divina, así como de la más íntima familiaridad con Dios. Se purifica más pronto á causa de la abundancia de los recursos que se le ofrecen, buenas inspiraciones, exhortaciones frecuentes, etc. Muere con mayor confianza por virtud de las indulgencias concedidas á la religión, de las obras meritorias y de los socorros de sus hermanos. Se ve recompensada con mayor abundancia con motivo de la más perfecta imitación de Jesucristo, de los trabajos de la vida religiosa y de la victoria obtenida sobre el mundo, la carne y el demonio.

II

El mundo y el convento.

En el mundo se vive, con la mayor frecuencia, en la ignorancia de las verdaderas prácticas del cristianismo y de los deberes más serios del estado.

En el mundo no se piensa más que en los bienes materiales, en obtener un enlace ventajoso, en lograr fortuna.

En el mundo no se concede sino *algún tiempo* al grande é importantísimo negocio de la salvación.

En el mundo no se dedica uno á la *oración* más que de un modo superficial, y rara vez, durante el día, el recuerdo impresiona nuestro corazón.

En el mundo, la joven no trata sino de

En el convento se procura de continuo instruirse en la ley de Dios y de las obligaciones de la regla, aplicándose á cumplir cuanto está prescrito por ambas.

En el convento no se trata sino de apartarse de lo pasajero y de ocuparse en trabajar para el cielo.

En el convento la *salvación* es el objeto de todos los pensamientos, de todos los trabajos y de todas las fatigas.

En el convento se reza varias veces al día, se medita, se visita á Jesús y se está, casi sin cesar, llamado á presencia de Dios.

En el convento, no trata la novicia más

lucirse, darse tono, brillar por sus trajes, adornos y joyas, inventadas por la vanidad.

En el mundo, la hija de familia se dedica á conservar su juventud, su frescura, sus gracias exteriores, para atraer las miradas, la estimación, la amistad de las personas.

En el mundo, la joven se ocupa, tanto como es posible, de lecturas frívolas, que halagan su imaginación, envenenan su corazón, ó cuando menos, le hacen siempre que pierda el tiempo.

En el mundo, la joven se complace en las reuniones y sociedades, en las cuales la pureza se debilita y casi siempre padece la caridad.

que de humillarse, de ser olvidada, de ocultarse bajo la sencillez de sus vestidos modestos, pobres y aun toscos.

En el convento, la novicia no hace caso alguno de las ventajas puramente exteriores; sólo trata de agradar á Dios, porque sabe muy bien que lo que El prefiere es la belleza del alma.

En el convento, la novicia se ocupa de las lecturas útiles que fomentan su piedad, iluminan su espíritu, purifican su corazón.

En el convento, la novicia tiene el silencio por riguroso deber, y lo interrumpe sólo cuando la regla lo permite, velando aun entonces para que no se escapen de sus labios palabras opuestas á la caridad.

En el mundo, la joven trata siempre de realizar su voluntad, contentar su amor propio, satisfacer su comodidad ó rechazar cuanto le es molesto.

En el mundo, la joven usa de mil artificios y de mil artes ó habilidades (lícitas ó ilícitas) para conseguir hacerse amar ó ser solicitada.

En el mundo, la joven pierde una parte considerable de la vida en mil frivolidades relativas á ropas, gastos ó cuidados casi ridículos de su salud y de su presencia.

En el mundo, la joven se inquieta por una humillación recibida, un contratiempo ocurrido; se deja llevar del hastío, del despecho, del mal humor cuando las cosas no salen á su gusto.

En el mundo, la jo-

En el convento, la novicia se dedica á obedecer en todo, á renunciar á sí misma, á destruir su amor propio, á desarraigar sus defectos.

En el convento, la novicia obra con rectitud, franqueza, modestia, y no trata sino de merecer la benevolencia y el amor de Jesucristo.

En el convento, la novicia emplea rigurosamente el tiempo en trabajos útiles, no permitiéndose ninguna distracción, ningún ocio que no sean los concedidos para el descanso.

En el convento, la novicia no se siente turbada por un reproche ó una humillación; y si no vence, viendo en su falta de éxito la voluntad de Dios, se resigna y trata para otra vez de hacerlo mejor.

En el convento, la

ven se apercibe de un modo poco solemne á recibir los Sacramentos, piensa poco en corregirse de sus defectos, y se contenta los días que comulga con algunas oraciones y, á lo sumo, con un poco de circunspección.

En el mundo, la joven, dejándose llevar de la inconstancia de su carácter, adopta multitud de resoluciones que no cumple nunca; es ordenada, por ejemplo, durante una semana escasa, luego se torna negligente; comienza mil cosas que no termina, porque, dueña de sí misma, no tiene la energía bastante para soportar la molestia causada por el disgusto que causa la repetida continuación de un mismo trabajo.

novicia se dedica especialmente á recibir los Sacramentos con grande espíritu de fe; cada confesión es para ella una ocasión de renovación; cada comunión la hace más fuerte, más vigilante, más virtuosa.

En el convento, la novicia está sometida á una regla que no le deja ser dueña del tiempo, ni de elegir tal ó cual trabajo; se ocupa á la vista de sus superiores que la obligan á continuar lo que ha empezado; está sostenida, excitada, animada por el pensamiento de que cumple la voluntad divina, que Dios conoce y cuenta todas sus fatigas para recompensarla, tanto más cuanto mayores molestias haya tenido que sobrellevar.

Leed atentamente estas líneas, y ved cuál es la residencia (la del mundo ó la del claustro)

que mayor paz puede dar á vuestra alma y que más seguramente habrá de *conduciros al cielo*.

III

En marcha para el claustro.

Cierto día el cura de san Mauricio, de Angers, vió entrar por su puerta á un aldeano del pueblo de Genet, parroquia que había tenido anteriormente á su cargo. Era el recién llegado hombre fuerte, vigoroso, que no tenía aún treinta años; su fisonomía demostraba bondad, rectitud, piedad.

«—¿Eres tú, Pedro?—exclamó el señor cura, contentísimo al verle.—¿Qué tal os va por Genet? ¿Se prepara buena cosecha? ¿Cómo está tu familia?

—¡Ah, señor cura—dijo el aldeano, no sin cierto embarazo,—voy á acometer una empresa muy ardua. Voy á la Trapa, que está á la otra orilla del Mans, en el camino de París....

—¿Vas á la Trapa?

—Sí, señor. Tantas veces nos ha dicho usted que nada mayor podía hacerse en servicio de Dios, que al fin me he decidido á abandonarlo todo por El.

—Pero tú eras muy necesario á tu madre. Es una pobre viuda, y el trabajo es muy rudo en tu tierra....

—Eso es lo que me ha detenido, señor cura. Há más de diez años que mi corazón *me grita* que debo ser fraile. Esperaba á que mi her-

mano menor, Juan, hubiera salido de quintas; ha sacado buen número, está libre, y, por lo tanto, ya *puedo irme*.

—Y tu madre, que tanto te quiere, cuyo sostén eras, ¿cómo piensa acerca del particular?

—¡Ay, señor cura, tengo aún el corazón vertiendo sangre!.... He creído que no llegaba á conseguirlo. La pobre adivinaba en mí un designio que no quería confesar. En invierno, junto al fuego, cuando estábamos juntos, hablando ella y yo pensando, la rueca y el huso paraban con frecuencia.... Me miraba; yo iba á despegar los labios, pero.... ¡no me atrevía! Me temblaban las piernas, los labios se estremecían, el corazón enviaba hielo al resto de mi cuerpo, y la palabra no podía salir de mi boca. Causaba lástima á mi madre.

—«Pedro—me decía,—hijo mío, si no estás contento dímelo. ¿Quieres casarte? No somos ricos, pero estamos bien conceptuados; tu padre vivió y ha muerto santamente, y todas las familias honradas de la comarca aceptarían gustosos una alianza con la nuestra.»

Cuanto más me apremiaba mi madre, más temía yo confesarle que pensaba en asunto muy diferente y que deseaba ser fraile.

Al fin la otra noche, después de habernos reunido mi madre en familia para comenzar el mes de la Santísima Virgen, nos quedamos solos en oración; los demás se habían marchado....

Me ocurrió la idea de que aquél era el momento oportuno, y expuse mi pensamiento de golpe:

—Madre mía—le dije,—si me lo permites me voy á Trapa; voy á rezar por vos y á hacer penitencia. ¡Ah, Dios mío!..... Pensar en que es preciso decir esto.....

Mi madre quedóse temblorosa por breves instantes; la miré fijamente: no hablaba, ni respiraba casi; luego, de rodillas, como estaba y volviendo los ojos al cielo, dijo con voz tranquila:

—«Pedro, Dios es tu primer padre, la religión tu madre primera; son superiores á mí. Vé, pues que te llaman desde lo más íntimo del corazón. Si yo te detuviera un cuarto de hora tratándose de tu alma, morirías de pesar. Me has amado y asistido bien; yo te bendigo.»

Y tornando la mirada á la Santísima Virgen, reanudó su interrumpida oración.

Ya no podía más, señor cura. Salí de allí para respirar á mis anchas; pero era la hora en que se recoge el ganado, y mis bueyes, pobres bestias, que se acercaban á mí lentamente, con su especial modo de caminar parecía que me interrogaban con sus tristes ojos:—Amo nuestro, ¿por qué nos abandonas?

Vagué por el campo sin poder sustraerme al dolor. Los árboles por mí plantados, las tierras donde había derramado la simiente, parecían, como mis pobres bueyes, dirigirme mudas reflexiones, encaminadas á retenerme en mi pueblo. ¡Virgen Santa, qué número de raíces tiene en el mundo nuestro corazón!

Arrodilléme, recé, acudí á mi crucifijo pidiéndole socorro, porque me faltaban ánimos. Contemplando á Nuestro Señor en la cruz

sentí que me avergonzaba de mi cobardía y quedé resuelto á todo.

No he dormido en mi casa. No he querido ver nuevamente lo que me había emocionado de tal suerte, y he partido muy de madrugada, antes de que amaneciera. Pasé por delante de mi parroquia en el instante que tocaban á misa de alba, circunstancia que ha devuelto la calma á mi corazón. Heme aquí, pues, para despedirme, señor cura, y para daros gracias por los buenos consejos que me habéis dado durante mi juventud.

—Bien, bien está—dijo el cura,—obedeces los mandatos del Señor; pero, dime: ¿por qué has preferido la Trapa de Mortagne, que está lejos de tu pueblo, á la Trapa de Bellefontaine, que está próxima?

—He pensado en ello con frecuencia, señor cura; hubiera sido más cómodo, como decís muy bien: pero sé por experiencia cuán cobarde soy tratándose de la amistad. Si una vez vestido con el sayal de lana hubiesen acudido á verme los míos llorando, ¿hubiese tenido la fortaleza necesaria? Hubiera tenido que despojarme del hábito, ó en caso contrario vivir por largo tiempo con el corazón lacerado. ¿No era mejor acometer lo más difícil si había de ser más fácil la perseverancia?

—Así es—respondió el párroco,—la perseverancia es lo principal; pero como eres joven y vigoroso, en las austeridades de la Trapa la vida puede parecerte pesada.

—¡Ah! En cuanto á eso, señor cura, se llega á una conclusión bien pronto, porque en

el mundo todo nos dice que la vida es breve.

La semana pasada estaba yo pescando en un estanque. Era ancho, profundo, una masa considerable de agua, bien sabéis cuál es: el estanque de los Dos Setos. Pues bien; cuando levantamos la compuerta y empezó á correr el agua, en breves segundos la vi desaparecer, y me dije: Así corre y se desliza la vida humana, para desaparecer en la eternidad de Dios, que nos contempla inmóvil como yo contemplo desde la orilla el agua que desaparece del estanque.

Y luego, señor cura, á prisa ó lentamente, á todos llega la última hora; y en tal momento, como mil veces nos habéis explicado, ¿qué podrá dar al alma mayor consuelo que haber hecho por el amor de Dios todo cuanto nos haya sido posible? Por esto pienso aplicarme á hacer penitencia; por lo tanto, padre mío, bendicidme; el agua corre, la vida se va y tengo prisa de tener algo que pueda ser ofrecido á la bondad de Dios.»

El cura bendijo á Pedro, y cuando éste se alejó púsose en oración; una vez que hubo rezado, anotó lo que le había dicho el aldeano para recordarlo y conservar en su corazón el recuerdo de los milagros que Dios obra en las almas que elige.

IV

Algunas páginas de la vida de la princesa Luisa de Francia, hija de Luis XV, religiosa carmelita.

MOTIVOS QUE INDIJERON Á LA PRINCESA LUISA
Á ENTRAR EN RELIGIÓN

Lo fundamental de los motivos que indujeron á la princesa Luisa á abrazar el estado religioso está consignado en una carta que escribió á una joven, carmelita con el tiempo, que le consultó acerca de su vocación:

«Yo no he escrito jamás cartas de consejos, decía, y no me decidiría nunca á resolver acerca del estado de nadie; pero os diré qué motivos me animaron á dejar el mundo, por halagüeño que apareciese para mí, y aunque yo no me encontrara en el caso, por mi condición social, de correr cierta especie de riesgos en que otras pueden hallarse.

»Los motivos fueron: mis pecados; lo que ha costado á Jesucristo nuestra salvación; la necesidad de la penitencia en esta vida ó en la otra, penitencia que es muy difícil cumplir en una existencia cómoda, sobre todo si se aprecia el bienestar tanto como yo lo amaba; la parábola del camello, que entraría más fácilmente por el ojo de una aguja que un rico en el cielo; el precepto de la limosna, que debe extenderse á todo lo superfluo, y lo superfluo era una in-